

Víctor Sabaté

El joven Nathaniel Hathorne



Primer premio en el concurso de narrativa breve Ciutat d'Amposta



Concurso de
narrativa breve
Ciutat d'Amposta

Primera edición: octubre 2012

Título original, *El jove Nathaniel Hathorne*

Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons

Se permite compartir la obra en parte o en su totalidad bajo las siguientes condiciones: Atribución - No Comercial - Distribuir Igual



Víctor Sabaté

C/o Rayo Verde Editorial, S.L.

www.rayoverdeeditorial.com

Producción editorial: Alberto Sotelo

Diseño editorial: Ana Varela

Diseño gráfico: Noemí Giner

Corrector: Óscar Mora

Composición ePub: Pablo Barrio

Publicado por Rayo Verde Editorial S. L.

Comte Borrell 115, ático 2ª

Barcelona 08015

rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

BIC: FA

ISBN: 978-84-15539-25-4

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para uso personal.

El joven Nathaniel Hathorne

Víctor Sabaté

Rayo verde
editorial

A Carmela

*Round and round the shutter'd Square
I stroll'd with the Devil's arm in mine.
Not sound but the scrape of his hoot was there
And the ring of his laughter and mine.*

«Nocturne»,
Enoch Soames

Contenido

El joven del gabán

La catástrofe del Señor Higginbotham

El joven Nathaniel Hathorne

Una habitación en el tercer piso

**La felicidad no tiene sucesión de
acontecimientos**

Cuentos contados dos veces

Notas

El joven del gabán

Estoy seguro de que no creeréis mi historia, y quizá sospechéis que ni siquiera yo debo de creer en ella. Sois, por supuesto, libres de hacerlo. También yo he pensado que lo que me ha sucedido, este plagio inverosímil del que creo haber sido víctima, es algo imposible, y que, en consecuencia, el hecho de escribir un libro a partir de ello bordeará la extravagancia o la ridiculez. Pero también me parece que es justamente su imposibilidad la que lo convierte en un robo perfecto: un robo en el que ni siquiera la víctima puede permitirse creer. Cierta o no, fruto de mis delirios o no, me parece que la historia merece ser escrita. No conozco a nadie que haya contado nunca algo así, aunque sospecho que mi experiencia no ha sido única; tal vez lo sea el deseo de hablar de ella, y tal vez este deseo me permita, de aquí a un tiempo, resolver o demostrar ciertas cuestiones.

Antes de empezar, sin embargo, antes de la narración de los hechos y de las hipótesis que he imaginado para justificarlos, deberé detenerme en las circunstancias que los rodean. Puede que ésta os parezca una rememoración innecesaria, torpe y narcisista. Es posible que tengáis razón en lo segundo; a fin de cuentas, estas vacilantes páginas suponen mi reencuentro con la escritura después de muchos años. Es posible también que tengáis razón en

lo tercero: nunca me he distinguido por la discreción o la humildad, al menos mientras escribía (y, sin embargo, aún es fuerte la tentación de publicar este libro bajo seudónimo, como sucederá con la primera versión del texto *). En ningún caso tendréis razón si pensáis que se trata de una rememoración innecesaria. Es cierto que el objetivo de estas páginas no es la exposición de mis ilusiones de juventud, ni de mis ambiciones frustradas, ni de las tristezas que inevitablemente nos asolan de vez en cuando. Soy consciente de que todo eso carecerá de interés para vosotros, como carecen de interés las vidas comunes de los hombres comunes, y sé que este libro sólo se justifica por la parte *insólita* de la narración. Pero, debo insistir, estas divagaciones que la anteceden (que ya la están antecediendo) son un incómodo pero necesario contexto; sin ellas, la historia que me propongo contar carecería de sentido; sin ellas, no estaría *completa*. Permitidme, entonces, que empiece hablando de mí.

Hace diez años me encontraba a las puertas de la licenciatura en Derecho. Era un joven inexperto, huraño, indolente, tímido, y tenía un sueño desesperado y persistente que arrastraba desde la adolescencia: convertirme en escritor. Tenía medio año por delante para alcanzar ese sueño: una estancia en Bowdoin como profesor asistente, para completar las prácticas de fin de carrera; seis meses que representaban mi última oportunidad antes de que el engranaje de rutinas y

obligaciones de la vida adulta pusiera en peligro mi pasión por la escritura.

Ya desde la adolescencia me había creído destinado a la literatura, pero lo cierto es que aquella convicción no había sido demasiado favorable: era tan fuerte, y me sentía yo tan ligado a aquel destino, que había desarrollado una preocupante tendencia a la postergación: dado que lo natural es que las determinaciones se cumplan, no parecía haber ninguna prisa en alcanzar la mía. Tampoco me había servido para evitar errores: al terminar el instituto cometí la imprudencia de basarme en aquella convicción literaria para elegir carrera. Las dos únicas opciones que consideré fueron Periodismo, que en mi candidez postadolescente imaginaba más cercano a la vida, a la calle, y Filología, que con igual candidez me parecía una opción casi monacal, un retiro de las cosas mundanas, una tópica torre de marfil. Como mi inclinación natural me conducía (y aún me conduce) precisamente hacia la soledad y el alejamiento de las actividades sociales, me decidí, a modo de mecanismo compensatorio, por la opción vital que representaba el periodismo.

Entonces fue cuando topé con el sistema universitario: la amarga certidumbre de que el periodismo, o al menos la licenciatura en Periodismo, o al menos la licenciatura en Periodismo en una universidad española, es el peor camino para quien quiera escribir ficción. Pocas semanas después de empezar ya supe que desertaría: me pasé el año entero entre la cafetería y la biblioteca, leyendo, fumando y